

PRIMITIVOS
DE
LOS
ANDES

PRIMITIVOS
DE
LOS
ANDES

ISABEL RIBAS
SALVADOR VALERO
A. J. FERNANDEZ

ANTECEDENTES

En este trabajo sobre la pintura ingenua de los Andes, tratamos apenas de señalar lo que de característico tienen estas manifestaciones plásticas, que se resisten a dejarse clasificar y donde el aire de la montaña, los cielos puros y altos han dejado su huella. Amasando sus soles, construyendo sus animales y sus plantas con el barro de su tierra o con el brillo lejano de las estrellas de Belén, estos tres artistas iniciaron su fabulosa aventura creadora: Isabel Ribas en Mérida, Salvador Valero y Antonio José Fernández en el Estado Trujillo. Unidos por la geografía, animados por el espíritu rebelde del indio Condori, a través de sus estilos individuales, cada uno trabaja para rescatar en imágenes lo que le identifica con los sueños. Por ser de extracción campesina la mayoría, su pintura propone un diálogo desconocido y prohibido a su clase; ellos están ligados en forma imperiosa a las vivencias de la tierra que les ha dado el origen y es por eso que esta realidad es la sustancia viva que nutre sus telas, su madera o su cemento.

En carta que me escribiera Salvador Valero, hacía relación minuciosa de los pintores que conoció y contribuyeron a su formación. Algunos de ellos eran "pintores aficionados"; aunque con talento, no dejaron obra sólida o sus pinturas se extraviaron. Escuche ha sido una región tradicional de pintores y de excelentes poetas. De allí surge Pedro Valera, quien pintaba paisajes en las paredes de las casas señoriales, murió en 1936. Augusto Cárdenas quien llegó a dominar la técnica de la pintura al óleo, se distinguió como magnífico retratista. También se recuerda la figura de Antonio Mendoza alias "El Furi-bundo", dejó algunos murales. En un campo de Mendoza Fría trabajó Juan Blas Peña, dejó pintadas hermosas escenas en las casas de campo, igualmente hacía "copias de cromos de santos sobre tablas que vendía a los campesinos". Murió anciano y pobre en casa de la familia Rumbos.

En Carvajal, en El Alto de La Cruz, Elio Araujo fabricaba nichos para imágenes. Pedro Ignacio Vega, a quien apodaban el Chingo Vega, y a quien tuve oportunidad de conocer en Valera, pintor de avisos comerciales, al comienzo en pulperías, luego en negocios modernos y

prósperos; su obsesión fue la perspectiva, problema que solucionó a medias. Por desconocer la forma de representar un automóvil de frente, en una de sus bien estudiadas perspectivas, tuvo que resolver y subsanar el problema, dejándolo atravesado en la carretera. Esa obsesión por la perspectiva lo llevó a pintar en todos sus cuadros caminos desolados con árboles o cercados que se pierden en el infinito; quedando un sabor amargo, por la presencia en el espacio gris, de una figura que camina incesantemente, para llegar al sitio que anuncian unas aves negras en el cielo. Pedro Vega nació en Rubio, allí sufrió una quemadura en la cara que le deformó la boca y la nariz. Con la casi desaparición de su nariz, a su cuerpo descarnado se sumaba un rostro de pequeña calavera amable, no repulsiva. A pesar de que su boca estaba convertida en una verdadera cicatriz, se le conocía como excelente cantante, famoso en la Mesa de Esnujaque por sus serenatas. Entre las canciones, el alcohol y la nostalgia por su madre, transcurrieron sus últimos días, en sus telas queda un paisaje desolado, con una "limonsina" atravesada, esperando, no se sabe qué tiempo, a que pasen esas aves negras silenciosas, sobre el amarillo de la tarde.

ISABEL RIBAS

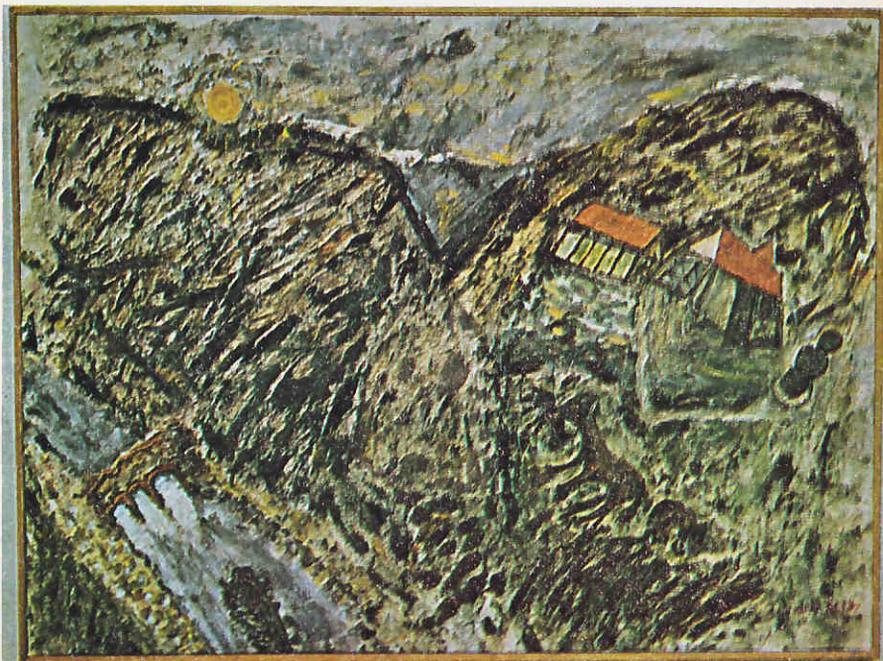
En su mejor momento creador, con absoluto dominio de la materia, la pintora ingenua merideña Isabel Ribas desapareció, después de haber llamado la atención de críticos y pintores. En el mayor estado de postración tuve oportunidad de conocerla. A pesar de su enfermedad maligna, la esperanza de volver a pintar le hacía aferrarse más a la vida. En sus modales dóciles se transparentaba su sensibilidad y la ternura que derrochaba en sus nacimientos. Acerca de su talento Juan Calzadilla apunta: *"Para Isabel Ribas, como también para Bárbaro Ribas (los casos más "naives" que conocemos en la plástica venezolana) el pintar es un acto librado a la memoria de lo visto, más que al presente; acto contemplativo de implicaciones mágicas, no sólo por la actitud misma, por el gesto, sino también por las motivaciones preferentemente religiosas de los temas tratados por ellos"*.

El pintor Oswaldo Vigas, su descubridor, reunió su obra en una exposición que realizó el año 66 en la Galería del Techo. Isabel Ribas se nos revela como una pintora compenetrada con las visiones de la infancia en Mérida, para ella el mundo es un gran pesebre, estas dimensiones le permiten pasearse a sus anchas sobre el musgo, sobre los copos de la montaña. Es el laurel quien produce la embriaguez de sus nacimientos, en esas serranías de papel con anilina surgen los personajes de anime, a quienes Isabel debe mucho. Extraños matrimonios de viejitos cotudos, hombres que caminan silenciosos cubiertos por ruanas en los páramos. El pesebre a gran escala es el teatro que

le enseñaron sus padres, con sus actores bíblicos, el silencio que rodea a sus muñecos viene dado por el aire de la montaña, por la soledad de los frailejones que crecen como repollos entre las rocas.

En el más absoluto silencio desapareció; las páginas de los diarios no reseñaron su deceso, tal vez era lo que más convenía a su existencia simple, lejana de los discursos fúnebres, sin la contaminación con palabras vacías, ausente de los festines necrológicos de las páginas sociales.

ISABEL RIBAS



SALVADOR VALERO

Salvador Valero nació en El Colorado (Escuque), el 9 de marzo de 1915, conoció el uso de la pintura al óleo siendo ayudante de Guillermo Montilla y Angel María Cuevas. Al residenciarse en Valera trabaja en un taller de tipografía, dedicándose luego al ramo de la fotografía. Transformándose así en el "fotógrafo de los pobres" que va a los caseríos observando "las costumbres y el folklore de esos lugares", recopilando directamente cuentos y leyendas. Sin ser su pintura esencialmente religiosa, gran parte de su obra ha sido dedicada a evocar a Cristo; de él nos entrega una imagen más terrenal, más cercana a los problemas del hombre. Las imágenes sangrantes de Cristo o el rostro de la Dolorosa sólo pueden ser comparados en dramatismo a las de Juan Pedro López, aunque sin los cuidados anatómicos característicos del artista de la colonia. "La Estalactita" fue una de las primeras

obras de Salvador Valero, una figura alargada de mujer que recordaba mucho a la Eva de Saint-Savin, pintura medieval francesa (Siglo XII), donde los elementos del cuerpo se ordenan en forma geométrica a base de círculos y cilindros, de una pureza extremada, despojada de todo erotismo.

Su pintura fantasmagórica sigue su curso y convoca buhos, ánimas, lloronas, chiflones. El silencio nocturno es roto por *La Mudanza del Encanto*: un hombre viejo rodeado por violines, cuatros y asnos que entonan un himno campesino, mágico que abre cofres misteriosos entre gallos y serpientes (que se muerden la cola), en medio de las luces del arco-iris, (caballo que hunde su cabeza en el río).

Con la certeza como están dispuestas las figuras para equilibrar los espacios vacíos, allí se siente el aire de las muchachas que agitan rojos violentos o rosas que encienden sus pechos. Atrás quedan sus grises y esos colores albos espectrales, que si bien ganan en levedad y transparencia, pierden en peso y en realismo. De esta época son *Las Murmuradoras*, donde está presente el humor sarcástico de Posada, el brillo del color se erige con autonomía y acaba con su potencia, pulverizando la anécdota, dejando sólo al espectador un silencio de vibración retiniana.

En "*Velorio de Angel*" (Colección Francisco Hung), priva la audacia en la forma de abordar el espacio, así como en la disposición mesurada de las masas de color. La muerte deja su huella de profunda tristeza. El ataúd, una mancha blanca de pureza, que corta en diagonal el espacio, sobre esa línea ascienden cirios y rostros campesinos bañando de melancolía la atmósfera del cuadro.

Salvador extrae del rico folklore trujillano algunos de sus temas: *La Quema de Judas*, *Las Paraduras de Niño*, *La Fiesta de los Locos*, *Los Chimbanguales*.

En la forma de organizar y distribuir las masas en diversos planos, Salvador Valero demuestra la precisión de quien está acostumbrado a retratar multitudes, como *Ensor*. ("*La Entrada de Cristo a Bruselas*"). Es como si de pronto la retina de Salvador, como una cámara fotográfica, decidiera intencionalmente cortar los elementos del primer plano — ubicados a diversas alturas — logrando la aparición de un rostro, el busto de una mujer; esa visión cercenada es lo que el pintor elige para su composición.

Así como Reverón solía burlarse de los turistas, Salvador Valero haciendo gala de su humor ha realizado recientemente una serie de tablas, hábiles imitaciones de pinturas antiguas, para engañar turistas, anticuarios y coleccionistas aficionados. Es tomar la revancha y cambiar los papeles con el colonizador, las baratijas ahora pasan en sentido contrario. Sin embargo no hay tal engaño, y *Los Falsarios* pueden pasar por obras, que si bien se inspiran en temas religiosos, su propia belleza les da autonomía y valor; se siente el soplo creador, la huella del artista.

Como dice Josefina Urdaneta: *No hay nada que pueda escapar a este hombre increíble, especie de gran cronista que ha sido testigo del crecimiento de su ciudad y que, recogiendo sus tradiciones, ha seguido su transformación con devota dedicación, inteligencia despierta y sensibilidad de artista*.

SALVADOR VALERO

"CALVARIO" (Fragmento)



ANTONIO JOSE FERNANDEZ (EL HOMBRE DEL ANILLO)

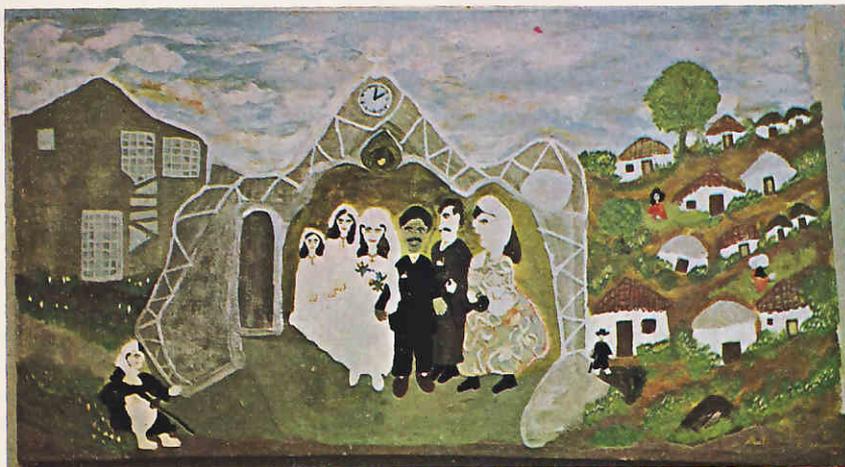
Antonio José Fernández nació en Escuque, en el barrio El Corozo el 24 de mayo de 1927. Ana María Franco y Román Fernández fueron sus padres. A los 15 años hizo su primera escultura, un muñeco de barro, muy parecido al terrateniente. Abandonó el oficio de verdulero que desempeñó en la segunda planta del Mercado de Valera, hasta su descubrimiento en 1965, cuando realiza su primera Exposición en Caracas en la Galería del Techo, organizada por Edmundo Aray, quien realizara un extraordinario montaje con los restos de las esculturas de cemento, a la manera de un improvisado cementerio en plena devastación. Tal fue el impacto que su obra causó, que los mismos pintores de vanguardia se sintieron sacudidos por la multiplicidad de medios de expresión, la potencia de sus esculturas y la belleza estallante del color en sus pinturas. No faltó quien encontrara semejanzas y afinidades con la obra de Marisol Escobar.

Siguió trabajando diariamente en el Callejón Salinas, que más tarde el mismo Fernández, después de un robo de sus propias pertenencias, perpetrado en su casa, bautizó con el nombre del "Callejón de los



ANTONIO JOSE FERNANDEZ

"LA BODA"



ANTONIO JOSE FERNANDEZ

"CABEZA"



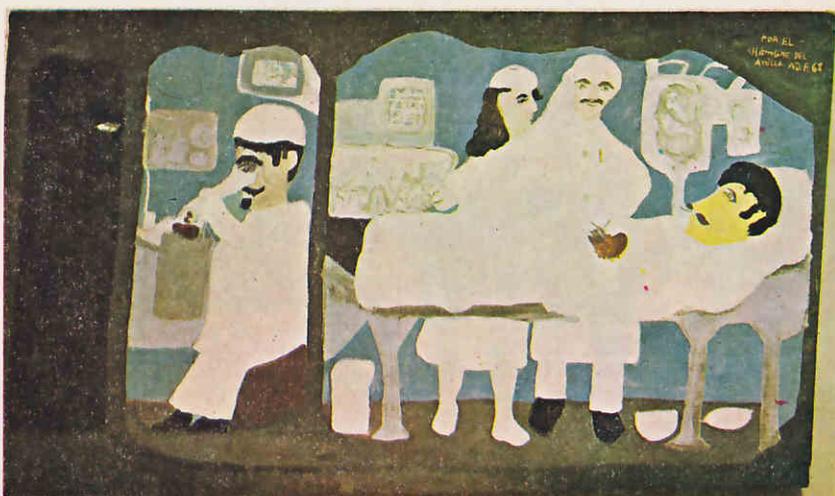
ISABEL RIBAS

"TRIO"



ANTONIO JOSE FERNANDEZ

"TRASPLANTE"



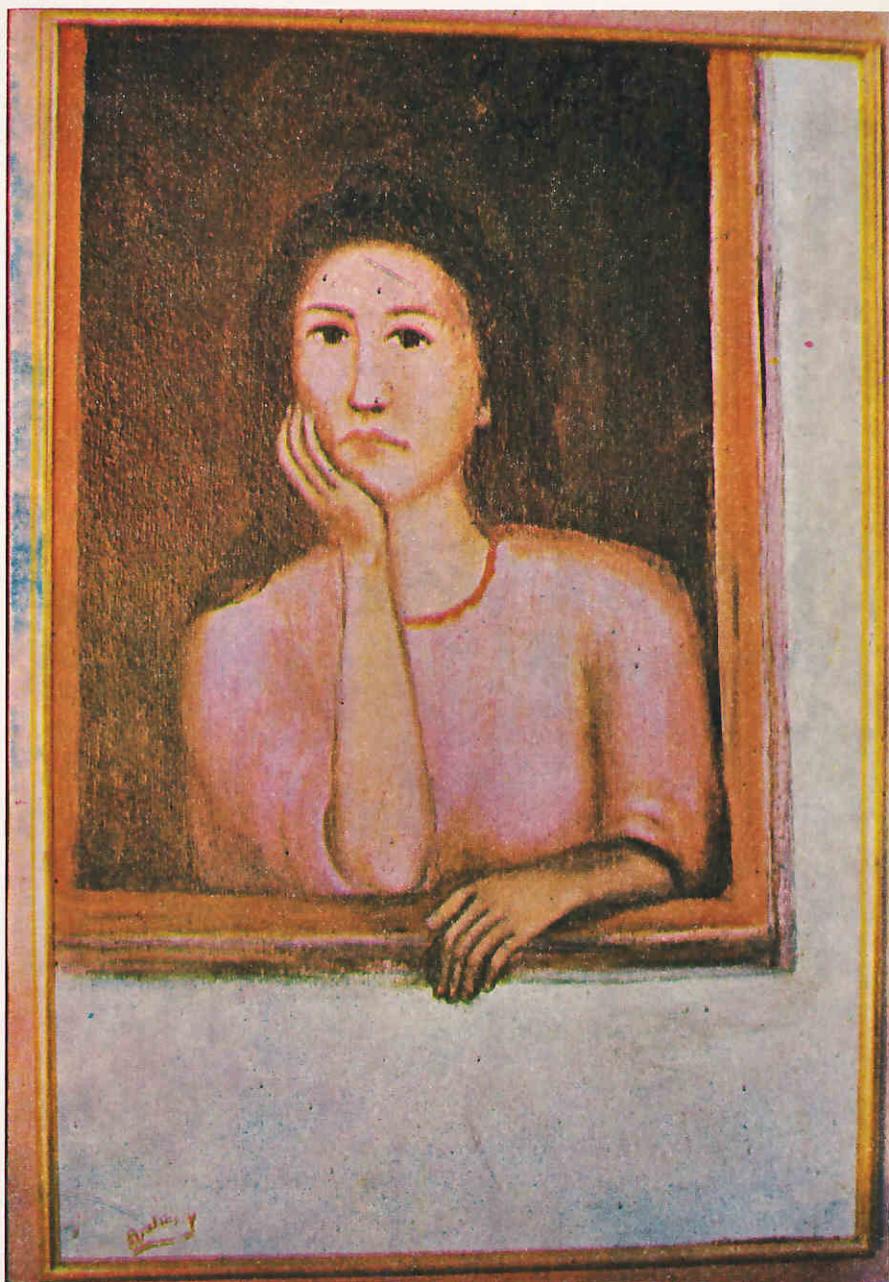
ANTONIO JOSE FERNANDEZ

"EL DIA"



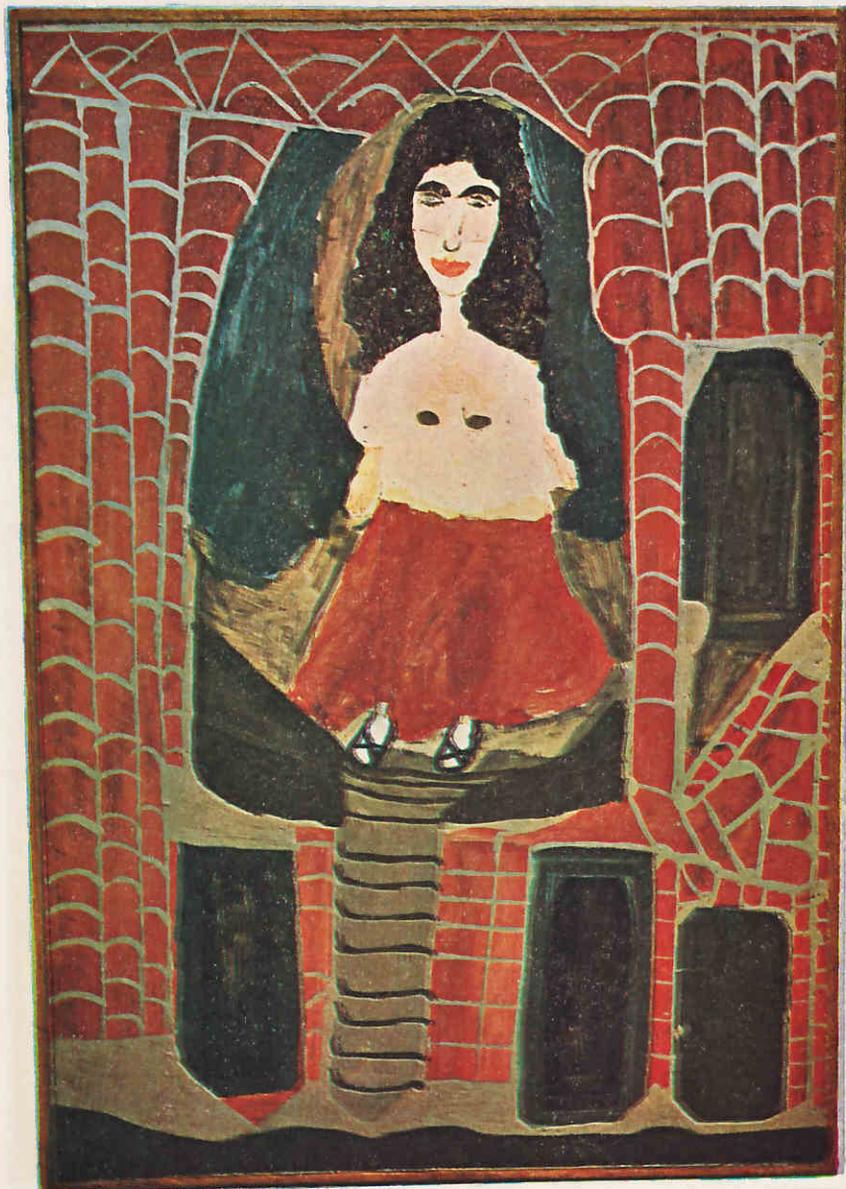
SALVADOR VALERO

"MUJER EN LA VENTANA"



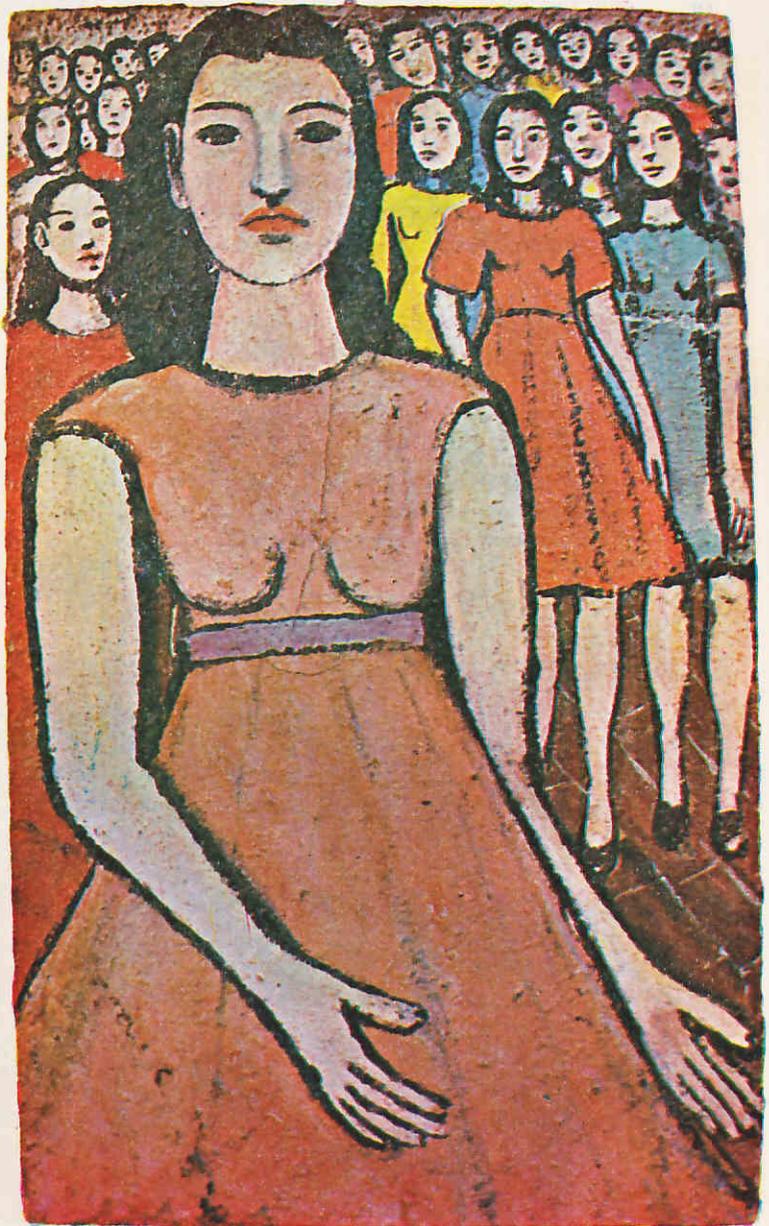
ANTONIO JOSE FERNANDEZ

"MUJER"



SALVADOR VALERO

"MUCHACHAS"



Dormidos". Dos años más tarde realiza su segunda exposición en la Galería XXII donde impresiona el tamaño y belleza de sus esculturas de cemento polieromadas.

Si en Salvador Valero ha influido la pintura religiosa de la colonia, por la relación y conocimiento directo de las fuentes, que le permite su oficio de restaurador de imágenes, Fernández hurga en su origen indígena y en su escultura hace alarde de su sabiduría e intuición timoto-cuica, alarde que se hace presente en sus misteriosos anillos, tallados con instrumentos rudimentarios. Perforar la piedra, para Fernández, es algo que le viene de muy lejos, sus amuletos son prueba de ese viaje a la semilla.

Cuando presentáramos al Hombre del Anillo en 1965, llamábamos la atención sobre la incorporación del espejo en la madera, así como de su resultado: el cambio permanente del cuadro, creado por el desplazamiento del espectador; siendo esta una de sus contribuciones más originales y audaces a la plástica nacional.

En carta que me escribiera Juan Calzadilla aprobaba la analogía: *"Infragante entre los espejos incisivos de Fernández y la obsesión que lleva a Velásquez a pintar de espaldas al modelo mirando sobre un espejo..."*. *"El pudor de Velásquez equivale a la ingenuidad de Fernández, la cual apunta siempre hacia lo increado, hacia las visiones primordiales. Pero la corte de Fernández no son las habitaciones imperiales ni los pasillos de la Gobernación, sino el mercado, con sus alaridos de perro, sus charcos de agua, sangre y orines; y sus meninas son las manzanas que él añora y que no se dispone aún a vender, en su puesto del mercado, ocupado como está en el mito y en el drama lo que necesita involucrar en el cemento, rápidamente, antes de que la materia fragüe. Lo que él fragua allí es real, no es más un sueño"*.

"CAMINO SOMBRO"

P. J. VEGA

